

Adiós al peor de los alcaldes

Actualizado Jueves , 04-03-10 a las 06 : 51. abc

El anuncio de que Alfredo Sánchez Monteseirín no será candidato por el PSOE a las próximas elecciones municipales, noticia adelantada en su día por ABC aunque él quiso desacreditarla, ya está dando lugar a interpretaciones interesadas por parte del regidor descartado, cuya gestión ha sido una escalada de torpe sectarismo. En cuanto se vio libre de otros compromisos, el todavía alcalde de Sevilla se entregó al aventurerismo de su socio comunista y constituyó un «gobierno de progreso» que sólo ha conseguido una cosa: enfrentar a dos mitades de la ciudad torpedeando a una para rentabilizar a la otra. Ha dirigido la política municipal basándose exclusivamente en el mapa electoral de cada distrito. Esta batalla sorda pero dura ha ido *in crescendo*, hasta llegar al clamor que le ha apeado de las próximas listas. A Monteseirín le echa su pésima trayectoria como alcalde; en modo alguno se va porque le apetece. Vuelve a su profesión o a un puesto público de menor cuantía porque ha sido el peor alcalde de la democracia, aunque los pactos —que siempre tienen un coste manifiesto y otro entre bastidores— le hayan apuntalado más tiempo que a los demás. Deja un rastro que un político responsable no debería eludir. Acaba de sentenciarse en firme una condena a la que no puede sustraerse por facturas falsas. Y hay otras corruptelas en proceso judicial, como Mercasevilla. Abandona la faraónica obra de la Encarnación a medio acabar y sin fondos suficientes para su pago. Ha trazado un tranvía que hasta hoy sólo ha servido para trastornar la vida de la ciudad y que dejará otro número rojo en las cuentas. Ha tirado el Equipo Quirúrgico, que hoy es un solar. Ha dado sentido único parcial a la Ronda Histórica contra el parecer de casi todo el mundo. Ha peatonalizado Asunción y San Jacinto sin el menor consenso. Ha complicado bárbaramente la circulación —rodada y peatonal— con un dédalo caótico de carriles bici. Y ahora, meses antes de irse, cierra el centro al poco tráfico que aún podía acceder a él. Hay más, desde luego, pero sirva esta panoplia de insensateces para saludar con alivio la buena nueva de su prejubilación como alcalde pesadilla que durante un decenio largo equivocó todos los caminos que conducen a una ciudad de las personas.

¿Y después de Monteseirín, qué?

Hace ya casi tres meses que **Alfredo Sánchez Monteseirín** le dijo a **Griñán** que abandonaba la idea de ser el candidato socialista a la **Alcaldía de Sevilla** para las municipales de 2011. Fue justo antes de Navidad. Y ambos acordaron que sería el presidente de la Junta el que hiciera pública la decisión. Lo que no pactaron fue que el anuncio se formalizaría 24 horas después de que el Supremo ratificase la condena por las **facturas falsas** del Distrito Macarena y que se despacharía en un sucinto teletipo de ocho líneas de la agencia Europa Press. Imposible no ligar la relación causa efecto de ambas informaciones. Primera condena por corrupción en la historia democrática de este ayuntamiento y de inmediato el anuncio de la salida del regidor. ¿Quién explica ahora que es una casualidad?

Ha podido fallar algo tan básico como el manejo de los tiempos. Si el presidente quería transmitir que hará tabla rasa en el Ayuntamiento de Sevilla para contrarrestar el impacto de la sentencia del Supremo, lo ha logrado, pero a cambio de laminar aún más la deteriorada imagen del alcalde, que deberá aguantar más de un año en su puesto aun a sabiendas de que se trata de un alcalde amortizado. Un *pato cojo*, como se dice de los presidentes norteamericanos en su última legislatura.

Monteseirín no repetirá de candidato, como aún le pedían estos días algunos de sus concejales y colaboradores más cercanos, pero tampoco saldrá del Consistorio como pretendía, con una salida similar a la de **Joan Clos** en Barcelona (ministro de Industria) o a la de **Francisco Vázquez** en A Coruña (embajador en el Vaticano).

Después de diez años de regidor, a dónde irá después de la Alcaldía sigue siendo una incógnita. Una de tantas, además, pues tampoco se sabe cuándo se irá, ni si podrá gestionar su sucesión para que lo sustituya en la Alcaldía **Alfonso Rodríguez Gómez de Celis** (su elección) o **Rosamar Prieto** (la opción de consenso auspiciada por las ejecutivas regional y provincial). Y, por supuesto, también se desconoce quién será el candidato en junio de 2011.

Demasiados interrogantes como para no pensar que la hoja de ruta está aún por dibujar. Y que dependerá también de cómo se resuelva el congreso regional y la presumible remodelación del Gobierno andaluz. Todos estos factores pesarán seguro en la elección del candidato para la capital sevillana. Lo que no se sabe es cómo.

El guión de la dirección provincial socialista pasa porque Monteseirín continúe en la Alcaldía hasta el final del mandato y por designar al candidato del PSOE en torno o poco antes del verano verano. Pero quién sabe cómo se decantarán los acontecimientos. Los socialistas no quieren precipitaciones y consideran que si se nombrara ahora, con catorce meses por delante, éste podría quemarse antes de tiempo. Pero no está definido. Puede

incluso que se decida antes. En cuanto al elegido, sostienen que la elección está más abierta de lo que se presume, y que no se limita a una disputa entre Celis, a quien se considera contaminado por la gestión municipal, y el consejero de Vivienda, **Juan Espadas**. Será verdad, pero nadie da ya otro nombre. No hay aceleradores de partículas que fabriquen candidatos en dos fines de semana. Y por muy poderosa que sea la marca PSOE, los tiempos de crisis no invitan a grandes experimentos. Y menos ante un PP crecido que presume ahora de haberse cobrado la pieza mayor del PSOE en la capital: Alfredo Sánchez Monteseirín.. El Correo de Andalucía. 04.03.10

Orto y ocaso de Monteseirín

CARLOS MÁRMOL | ACTUALIZADO 04.03.2010 - 01:00
ARTÍCULOS RELACIONADOS

- [Diario de Sevilla.](#)

EN junio del pasado año, cuando el ecuador de su tercer mandato como regidor fue celebrado por sus *huestes* como una victoria -momentánea- en la guerra con la dirección del PSOE de Sevilla, Alfredo Sánchez Monteseirín se atrevió a confesar que su aspiración política consistía en permanecer en la Alcaldía hasta 2020. Alguno de sus más directos colaboradores se puso lívido: el *jefe* no tenía la menor intención de renunciar. Ni a tiros. Mientras más voces -algunas, por cierto, bastante *autorizadas*- sostenían que reincidir en la *fórmula Monteseirín* no haría más que perjudicar al PSOE, más obsesionado estaba el regidor en seguir en su puesto. Cuestión de carácter. Tal fin justificaba además la utilización cualquier medio que fuera necesario para imponer su particular *visión* de la realidad. La moral, en lides políticas, siempre ha sido una carga demasiado pesada. Sobra.

Nueve meses después las cosas han cambiado. Hasta el punto de que José Antonio Griñán forzó ayer al regidor a confirmar en público su propia marcha. Quien lo conoce sabe que el tono de su voz en el corte emitido por Canal Sur Radio no era precisamente de felicidad. Más bien tenía algo de enfado contenido por el hecho de tener que poner de verdad punto final a una etapa de más de una década en la que ha gobernado una ciudad difícil, tan poco amante de los cambios como de la verdad, y extraordinariamente cruel con las almas cándidas.

No es éste su caso. Ni su situación, aunque ayer se presentara como víctima de una "campaña obsesiva de acoso". Monteseirín dice adiós -sin confirmar aún si su marcha será inmediata, algo a concretar a medio plazo o cosa de cuando termine el mandato municipal- no sólo obligado por las circunstancias políticas objetivas, sino por la evidencia de que el tiempo de juego que le resta será más bien una continua sucesión de malas noticias en las cuales el fantasma de la corrupción irá haciéndose más próximo cada día.

La ratificación por parte del Tribunal Supremo de la condena por las facturas falsas del distrito Macarena ha sido quizás el punto de inflexión. Una persona de su antiguo entorno personal va a ir a la cárcel. Frente a este hecho, tan rotundo, la usual retórica no sirve. Mercasevilla, el nuevo frente judicial, todavía no ha llegado a tal extremo. Todo hace indicar, sin embargo, que ciertos *hombres* de su confianza -que cada vez son menos- se verán salpicados por las consecuencias, directas e indirectas, del supuesto desfalco de esta empresa pública.

Ambas circunstancias marcan la coyuntura. Igual que la nula sintonía con la

dirección provincial del PSOE, que fracasó en su día en la operación para sustituirlo por Emilio Carrillo. Paradójicamente, en la Ejecutiva de José Antonio Viera el deseo ahora es que Monteseirín agote, siquiera formalmente, el mandato para impedir que una salida antes de tiempo termine condicionando la elección del partido, que ahora apuesta por Juan Espadas, consejero de Vivienda y Ordenación del Territorio de la Junta.

No son éstas sin embargo las únicas causas de la renuncia de Monteseirín. Hay otras. Las verdaderas razones son, en realidad, previas a los episodios de supuesta corrupción avivados por el PP para hacer perder el equilibrio a un político que, debido a sus propias decisiones, en realidad hacía mucho tiempo que había volado sus propios puntos de apoyo. Se había, por así decirlo, cortado los pies.

El *orto* de Monteseirín, como es sabido, fue cosa de los andalucistas, que le auparon a la Alcaldía en 1999 -frente al PP- gracias a un pacto de gobierno cuyo objeto era hacer el Metro. Su *ocaso*, en cambio, comienza en un momento indeterminado del primer año del tercer mandato, cuando el PSOE federal encarga estudios demoscópicos específicos sobre su gestión.

Estos informes, cuyas primeras versiones están fechadas incluso antes de la salida de Emilio Carrillo del Ayuntamiento, cuando el *clan Monteseirín* -en el que milita Alfonso Rodríguez Gómez de Celis, aunque ahora éste marque ciertas distancias para no quedarse fuera de juego- fue objeto de un análisis específico por parte del equipo de Julián Santamaría, uno de los expertos en sociología electoral cuyo criterio cuenta con más peso en el seno de la organización socialista. Su conclusión, que desde entonces no ha hecho sino confirmarse a tenor de los estudios posteriores realizados, es que el *talón de Aquiles* del gobierno local no es fruto de ninguna conspiración, sino pura y simple consecuencia de él mismo. De su forma de hacer las cosas. Sencillamente: los sondeos de opinión confirman que el problema de Monteseirín no es ni su alto grado de iniciativa política ni su talante, personal, sino simplemente su notable "falta de eficacia". Punto.

Así, al menos, lo piensa un 60% de los encuestados. Seis de cada diez. Una proporción que tratándose de un alcalde con dos mandatos previos -ocho años- en su haber resulta políticamente llamativa. Casi escandalosa. Según estos datos, apenas un 36% de los votantes ven en la figura de Monteseirín a un político eficaz. Si la pregunta a los encuestados es si lo ven como "un buen alcalde para Sevilla" la respuesta negativa suma hasta un 56% frente a un 39%.

La imagen pública de Monteseirín nunca fue buena. Llegó al cargo con el beneficio de la duda pero al poco tiempo desveló una de sus obsesiones: forzar que le dieran la razón a cualquier precio. Por encima de los datos objetivos. Durante la etapa de *cohabitación* con el PA quizás tal actitud fuera lógica: *reinaba* pero decidía bastante poco. Tras 2003, cuando se cerró el acuerdo con IU, ya parecía algo gratuita. La insistencia en sus rasgos más autoritarios fueron dibujando ante los ciudadanos, según los estudios demoscópicos, la idea creciente de que no era un alcalde adecuado para la ciudad. Éste era, al menos, el juicio del 76% de los encuestados por el PSOE federal. De ellos, más de la mitad declaraban ser votantes del PSOE. Ni siquiera le daban a Monteseirín la opción de optar a la reelección y perder: la urgencia de cambiar de regidor era una opinión expresada por casi el 64% de los encuestados (un 41% de estos votantes eran del PSOE); un 83% de ellos, además, veían "bueno" para Sevilla un relevo en la Alcaldía. Idéntica idea era lugar común para el 98% de los votantes del PP -algo obvio- pero también entre los simpatizantes de IU (88%) y del PSOE (68%). La cosa era claramente personal: los partidarios de que el PSOE dejase de gobernar eran menos de los que rechazaban a Monteseirín. De ahí la teoría de que el *factor Monteseirín* perjudicaba a la *marca PSOE*. El alcalde, hasta ayer, siempre lo negó.

Otras certezas alimentaron esta tesis. Si la imagen del alcalde se contrastaba con la del partido, perdía. Ninguno de los grupos políticos municipales eran aprobados por

los ciudadanos, pero el socialista quedaba siempre muy por encima de PP e IU. La gestión municipal -identificada siempre con el regidor- era otro cantar, al ser mayoritariamente criticada por los encuestados. La idea de que desde las elecciones de 2007 la ciudad había empeorado ganaba adeptos. No eran pocos: casi el 47% de los consultados. Los optimistas no sumaban más de un 26%. El descontento era sensiblemente creciente en los votantes del PSOE e IU, los dos partidos del ejecutivo local. En ambos casos, más de un 27% de los consultados por el equipo de Julián de Santamaría recelaban del gobierno local. Las opiniones negativas, fruto de la ineficacia, crecían en número medida que el nivel de formación y de estudios se incrementaba. Sin embargo, no había vuelco: quienes más criticaban a PSOE e IU no veían forzosamente una alternativa en el PP. Votaban por rechazo, más que en positivo. La tendencia general -como han confirmado otros sondeos- es favorable al PP por la fidelidad de su electorado, su capacidad para fagocitar al PA y la posibilidad de que un 10% de los votantes socialistas pudieran votar a Zoido. Poco más. El gran error de Monteseirín acaso haya sido ignorar el título de la célebre farsa de Luigi Pirandello: "Así es (si así os parece)". Todo lo que parece ser, termina siendo.